

María Zambrano

Delirio y destino

Los veinte años de una española

Introducción de Miguel Morey



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto que hizo Goretti Ramírez en el Vol. VI de las OO.CC. de María Zambrano, 2014

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Fundación María Zambrano, 2014
© de la presentación: Miguel Morey Farré, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-066-4
Depósito legal: M. 23.649-2020
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Estoy aquí todavía...
- Delirio y destino. Los veinte años
de una española
- 41 Presentación
- 43 Primera parte. Un destino soñado
- 47 *Adsum*
- 71 Recordando el futuro
- 106 España despierta soñándose
- 139 La vuelta a la tierra
- 165 La multiplicidad de los tiempos
- 178 La vuelta a la ciudad
- 242 La coyuntura histórica
- 270 Un minuto de silencio
- 280 La inspiración
- 296 La hora
- 305 Domingo 12 de abril
- 309 14 de abril
- 324 Hacia el nuevo mundo
- 329 13 de junio de 1940
- 334 Desde La Habana a París
- 337 La hermana

- 341 Segunda parte. Delirios
345 Delirio de la paloma
348 La loca
352 La del dulce nombre
358 La reina
369 Voy a hablar de mí mismo
(Fragmento filosófico del segundo tercio
del siglo XX)
375 La condenación de Aristóteles
377 Corpus en Florencia
383 El cáliz
385 De vuelta al nuevo mundo
- 389 Escritos inéditos relacionados con
Delirio y destino

Estoy aquí todavía...

«Estoy aquí en el lugar donde me dejó mi Ángel»... (seguía en el semisueño). Y –mas ¿es así?, ¿en este lugar puede mi Ángel haberme dejado? Abandonada, pues.

M. Zambrano

El lugar. El Encuentro (diciembre de 1968)

I

Como respondiendo a una llamada misteriosa del viejo continente... –así fue como en su exilio cubano María Zambrano decidió ponerse a escribir *Delirio y destino*, durante los meses de agosto y setiembre de 1952. El papel desencadenante, como la propia Zambrano comenta en la «Presentación», había de jugarlo la convocatoria del *Prix Littéraire Européen* para una novela o biografía, que debía otorgar un jurado internacional compuesto por Gottfried Benn, Hagnund Hanson, Gabriel Marcel, Hans Oprecht, Denis de Rougemont e Ignazio Silone, bajo la presidencia de Salvador de Madariaga. Pero probablemente lo que le permitió cumplir con el exigente plazo de entrega fue la fuerza que proviene de saber que se está cumpliendo con una tarea largamente pospuesta. A día de hoy ya es posible situar su punto de origen vein-

te años antes, en *Horizonte del liberalismo* (1930), en la necesidad de responder a los problemas allí denunciados, y de hacerlo por medio de una «*confesión del siglo*»¹. De lo que se trata ahora es de retomar y reconsiderar lo que de fundamental se ha vivido y se ha pensado durante los primeros veinte años de vida adulta.

Se ha destacado que, junto con *Horizonte del liberalismo* y la *Tumba de Antígona*, *Delirio y destino* «son los únicos libros unitarios de nuestra autora; el resto [...] son recopilaciones de artículos y breves ensayos, notas y esquemas, proyectos y presentaciones..., “restos de un naufragio en definitiva”, como, por lo demás reconoció la propia Zambrano en varios de sus textos»². Lo cual, si bien caben matices respecto de la segunda parte del libro («*Delirios*»), es rigurosamente cierto respecto de la primera («*Un destino soñado*»). «*Un destino soñado*» se compone de dieciséis capítulos, en los que María Zambrano narra sus avatares biográficos (desde su infancia hasta el reencuentro con su hermana, en París, en 1946; pero silenciando el periodo que va desde el 14 de abril de 1931 hasta enero de 1939, cuando se ve forzada a

1. Jesús Moreno Sanz, en su «Presentación» de *Horizonte del liberalismo*, escribe lo siguiente: «Es precisamente esta tercera carta a Ortega [28 de mayo de 1932] en la que diríamos que ensaya a realizar la confesión de su generación, siendo así el primer claro antecedente de lo que será *Delirio y destino*, y la primera vez que se esboza de modo preciso una teoría del delirio: “No quiero decir desatino –escribe en esta carta Zambrano– me refiero al modo de ser vistas ciertas cosas que son verdad, quizá de un género de verdad que sólo en el delirio pueda ser captado”». Véase M. Zambrano, *Obras completas*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2015, vol. I, pp. 35-36.

2. Nota de los editores a la *Tumba de Antígona*, en OC, III, p. 1101.

abandonar España), entremezclándolos con los acontecimientos más significativos de la historia de España que vivió en primera persona.

El primero de ellos, «*Adsum*», como su mismo título señala (*adsum*: «aquí estoy», «comparezco»), constituye una presentación de la autora, que va a comenzar su relato recordando la primera infancia, principalmente en Vélez-Málaga (1904-1908), para pasar luego a evocar los años de sus estudios universitarios en Madrid (1924-1928), sobre los que volverá más adelante, así como su larga enfermedad y convalecencia (1927-1929), tiempo en el que trabajará en un proyecto de novela titulado *La espera. Desde entonces* (a la que María Zambrano se referirá como «la novela de la confusión de los tiempos»). Abandonará el proyecto cuando recupere la salud, pero la relación íntima que guardan aquellas páginas con *Delirio y destino* se hará patente y explícita más adelante, en diversas ocasiones. Así pues, «*Adsum*» cumple la función de un preludio, da el tono de lo que se va a narrar, y da también fe de vida de la propia Zambrano (fe de vida cuyo sentido se renueva con la publicación tan tardía del libro, como ella misma manifiesta en la «Presentación», 1988), en un acto ceremonial de comparecencia; comparece para avisar que quien aquí habla es alguien que «se había decidido a nacer, pero [que] tendría que ir naciendo. Vivía, en realidad, un estado prenatal en el que inevitablemente había de ser presa de delirios y recorrería galerías oscuras empujando puertas semiabiertas; su pequeño ser inmóvil se desplegaba»... Comparece constatando una primera revelación, que «siempre el recuerdo; la memoria aparece como vinien-

do de un olvido, de un oscuro fondo que ofrece una resistencia, inexpugnable. Y somos así, opacos a nosotros mismos en esa primera, espontánea forma de conocimiento en que ni siquiera pretendemos conocernos, que es la memoria. La memoria, primera revelación ineludible de la persona. ¿Por qué este tener presente nuestra vida pasada, aunque los recuerdos concretos desaparezcan? La memoria está siempre ahí, viviente; no descansa». Comparece aquí, en el umbral, como una oficiante que dijera: «Voy a comenzar a recordar...».

Sabemos lo duro que fue para Zambrano abandonar España; las primeras palabras con las que comienza *Adsum* parecen traernos el eco de ese recuerdo. Luego vendrán los primeros tiempos de exilio, en México, difíciles; aunque sea allí, en Morelia, donde finalice *Filosofía y poesía*, pero serán tiempos llenos de tensiones. Hasta que finalmente Cuba le ofrezca una «patria prenatal» en la que cicatrizar sus heridas y renacer a la vida, también Puerto Rico pero sobre todo La Habana le regalará la ocasión para hacer las paces y encontrar la paz, también con su condición de exilada. Allí, entre agosto y septiembre de 1952, escribirá la primera versión de *Delirio y destino*, como relato de los veinte años de la vida de una española, y como trabajo de renacimiento también.

II

Que *Delirio y destino* es un libro confesional es algo que no se discute, parece evidente; lo que sí es motivo de una cierta controversia es si el texto puede ser calificado de

confesión, en sentido estricto, como género literario, tal como fue caracterizado por la propia Zambrano una década antes³. Y es cierto que caben al respecto discrepancias y matices. A lo que hay que añadir que no se recuerda que Zambrano se refiriera al texto calificándolo de confesión, más bien parece que para ella el género que se le suponía era la biografía. Lo cual no es obstáculo para que, de hecho, el libro venga a ocupar el lugar (a cumplir la función) que se esperaba que asumiera esa «confesión del siglo» a la que el conflicto descrito en *Horizonte del liberalismo* abocaba, y para el que no parecía haber otra respuesta sino «toda nuestra biografía»⁴.

3. *La confesión: género literario y método* (OC, II, pp. 55 y ss.). En la presentación de *Delirio y destino*, Goretti Ramírez admite que, de hecho, el libro puede leerse como una confesión, tomando como referencia el texto de Zambrano sobre el tema, y llevando a cabo una interesante confrontación entre ambos (OC, VI, pp. 803 y ss.). Tratando de establecer lo que hay de específico en la confesión entendida como método, María Luisa Maillard establece en la presentación de *La confesión*, los siguientes tres pasos para el proceso: primero, «el reconocimiento de la propia indigencia»; segundo, un tratamiento especial del tiempo: «el que realiza una confesión ejecuta una acción, no en el tiempo, sino con el tiempo, dice Zambrano, va en busca de un tiempo que “no puede ser transcrito, que no puede ser expresado ni apresado”, un tiempo capaz de liberarnos de la angustia del tiempo presente, del tiempo lineal de los relojes: es el tiempo en el que la unidad de la vida se verifica»; y el tercero será «el conocimiento que propicia la confesión para alcanzar la verdad: no mediante la razón sino a través de una evidencia experiencial, que surge del propio corazón, una revelación de la realidad que, aunque pobre en contenido intelectual, es capaz de operar una transformación de la vida» (OC, II, pp. 63-65).

4. En «De nuevo, el mundo» (1932), María Zambrano lo enunciaba del siguiente modo: «Algo se ha ido o no ha llegado a susti-

Con todo, en *Delirio y destino* se habla muy poco de la confesión, apenas aparece la palabra. Pero aun así, una de sus escasas apariciones resulta bien reveladora. En «España despierta soñándose», recordando sus años de estudiante, escribe: «Despertar, sin dejar de soñarnos, sería tener un sueño lúcido. Es el ansia que se padece y que se está a punto de lograr en ciertos momentos de la historia –individual o colectiva– cuando un pueblo despierta soñándose, cuando despierta porque su ensueño –su proyecto– se lo exige, le exige conocerse; conocer su pasado, liquidar las amarguras que guarda en su memoria, poner al descubierto las llagas escondidas, realizar una acción que es al par una confesión, “purificarse”, haciendo»⁵. Y sí, aquí hace referencia al acto (necesario) de la confesión, pero se trata de la confesión de un pueblo, de la España que despierta. Lo autobiográfico viene a inmiscuirse en esta confesión de un pueblo (y de un modo eminente, hasta erigirse en única voz narrativa del relato, el portavoz del sentido) en virtud de la participación de esta biografía singular en los hechos que se narran. El haber formado parte (en ocasiones activa, apasionada siempre) de ese destino común que comenzaba a dibujarse concede a los acontecimientos íntimos de quien habla la relevancia suficiente como para que resul-

tuir a ese éxtasis vital, paradisíaco; algo que puede ser el esfuerzo del razonar, la gracia del amor. Y ahora, de pronto, otra vez el mundo. ¿Por qué camino salimos del laberinto solipsista para llegar –quizá con un poco de retraso– a esta cósmica cita? Y respuesta sería toda nuestra biografía –psico-ontológica–, toda una “confesión” del siglo» (OC, VI, p. 212).

5. OC, VI, p. 890.

ten pertinentes de cara a esclarecer la forma espiritual de lo que estaba en juego. Entonces, en caso de que se adscribiera *Delirio y destino* al género de la confesión, habría que matizar a renglón seguido que se trata de una confesión por lo menos peculiar, una forma compleja del «saber de experiencia». Porque aquí se trata del relato que María Zambrano realiza de sus años de formación, en los que se vio embarcada en un proceso de transformación colectiva de grandes alcances. Aquí se trataría entonces de una confesión autobiográfica que se articula plegándose sobre una confesión colectiva, circulando la trama del libro en el entredós entre ambas confesiones (y si introdujéramos además la diferencia temporal existente entre los hechos que se narran y el momento en el que se lleva a cabo la narración, la complejidad de esta forma de confesión no haría sino aumentar). Aunque debe decirse que, ya en su libro sobre la confesión, Zambrano la caracteriza a menudo de un modo que puede aplicarse indistintamente a un sujeto personal o colectivo, como percibiendo un espacio común. Valga un ejemplo:

Pues al fin una de las funciones de la confesión es abrir sitio para una realidad que corre riesgo de asfixiarse. El pensamiento abre lugar a ciertas realidades, librándolas de su contradicción, mostrando su objetividad. La confesión conquista este lugar para las realidades íntimas no reductibles a objeto, realidades que necesitan de un respaldo vivo, de una existencia singular que las sostenga, pues ellas no quieren ser transformadas en objeto. Son las entrañas que quieren vivir como tales entrañas. El corazón que aspira a la vida que le corresponde como tal, corazón que no quiere ser trasmu-

tado en objeto de condición distinta, ser asimilado por la razón, por ejemplo, o disuelto por ella⁶.

Debe recordarse sin embargo que en la consideración de Zambrano, la confesión no es solo un género literario, es también un método.

La Confesión no es sino un método de que la vida se libre de sus paradojas y llegue a coincidir consigo misma. No es el único, pero sí tal vez el más inmediato, el más directo. Y tal vez no sea suficiente; no sea sino preparación, método en sentido estricto para algo que venga después, método en que la vida muestre, precisamente al ponerse en movimiento, su figura esencial y su peculiaridad más extrema⁷.

En tanto que método, la confesión quedará atestada como productora de evidencia, entendiéndolo por tal «el punto en que la verdad, una verdad de la mente y de la vida, se tocan». Las *evidencias* que importan en el juego metódico de la confesión, son las propias a una «verdad de la que puede vivirse». Y lo que juega a nuestro favor es que sabemos que «en el comienzo de toda época, en la salida de toda crisis, aparece una evidencia y sólo por ella se sale», que eso es lo que tienen de valioso las evidencias, su capacidad de darle un giro intempestivo al presente.

La verdad de la evidencia se impone y al imponerse produce seguridad, certidumbre. Es a la vez firme y transparente. La

6. OC, II, p. 124.

7. OC, II, p. 88.

evidencia es el nombre filosófico de algo que en la mística se llama «revelación». Es la presencia indudable de una realidad; una aparición. Mas la realidad es de tal manera, que produce una huella o modificación en quien la recibe⁸.

Se diría que estamos muy cerca de las convicciones que laten en *Delirio y destino*.

III

María Zambrano comienza el relato evocando sus años de carrera y los primeros tiempos como licenciada (1924-1929), muy atenta a la vida política y cultural de por entonces en Madrid. Este tramo ocupará cinco capítulos y se suelen destacar como los momentos más relevantes: el relato de las actividades de la Federación Universitaria Escolar (F.U.E.), la fundación de la Liga de Educación Social (L.E.S.), y el surgimiento de un movimiento estudiantil e intelectual de oposición a Primo de Rivera... Todo este recorrido aparecerá tachonado con una serie de pequeñas evidencias y revelaciones que irán puntuando el movimiento confesional del relato, tanto el personal como el colectivo. Tendrán su inicio en «Recordando el futuro», con la constatación de la importancia irreductible de la evidencia misma (porque «para quien no resultase evidente su querer no había explicación posible»), y también de su necesidad presente, la de «llevar su vida a su fundamento; su fun-

8. OC, II, p. 105.

damento que llama a la evidencia, ponerse su vida a sí misma en evidencia, evidenciarse...». Seguirá en «España despierta soñándose», preguntándose por las condiciones que permitirían *desentrañar* la vida española, «algo así como recibir en común una revelación». Luego, en «La vuelta a la tierra», la evidencia primera que se impondría sería el desacuerdo de los estudiantes con la dictadura de Primo de Rivera, y la raíz profunda de ese desacuerdo, en cuyo origen está la decisión de no aceptar otra evidencia sino la vida: «la vida aquí y ahora... y el deber de vivirla enteramente, más todavía, claramente; una vida clara y adecuada a nuestra condición actual». El capítulo siguiente, «La multiplicidad de los tiempos» podría decirse que trata enteramente de caracterizar la revelación a la que alude su título, y de ponerla a prueba como analizador del presente, como un revelador de evidencias. Finalmente, en «La vuelta a la ciudad», la evidencia que se le impondrá será la de una verdad «que se le había ido revelando a medida que había ido abriendo los ojos de la razón a la vida que la rodeaba»: que el rey no era sino un hombre como los demás...

En «La multiplicidad de los tiempos» la propia Zambrano señalará que era ésta una revelación que ya había comenzado a hacérsele evidente con ocasión de su proyecto de novela, *La espera*. Desde entonces, estableciendo así un nexo claro entre *Delirio y destino* y ese proyecto. El que de la novela no quede otro rastro sino una colección de textos breves, todos ellos posteriores al presunto abandono del proyecto (con la única excepción tal vez de «Ciudad ausente»), dificulta considerablemente

poder llevar más allá este emparejamiento⁹. Sin embargo, dada la voluntad de renacimiento que se propone *Delirio y destino*, y que le exige a su autora retomar y reconsiderar la vida vivida y lo que se ha alcanzado a pensar en ella, no parece descabellado imaginar esta relación como una operación de asimilación, en términos casi fisiológicos. El estado presente de edición de sus textos autobiográficos nos permite ver una amplia zona de vecindad, en ocasiones de indiscernibilidad incluso, entre los textos que cabe atribuir a su proyecto de novela y los que deberían ser ordenados como «delirios», entendiendo por tal una forma literaria específica (véase nota 1); y también que ambas derivas encuentran su punto de origen en «Ciudad ausente». Cabe añadir que, leídos ahora, desde *Delirio y destino*, es muy difícil resistirse a la impresión de que lo fundamental de aquellos ejercicios, la lección que cabía aprender de ellos ha quedado plenamente incorporada y asimilada en este texto.

Esta impresión se extiende más allá de esta zona de vecindad entre el delirio y los fragmentos de *La espera. Desde entonces*. Hemos visto ya que, en tanto que confesión del siglo, cabía poner en relación a *Delirio y destino* con la problemática denunciada en *Horizonte del libera-*

9. La relación de textos vinculados a *La espera. Desde entonces* que propone la edición de sus *Obras completas* es la siguiente: «Ciudad ausente» (julio-agosto 1928; OC, VI, p. 197); «De nuevo, el mundo» (1932; p. 210), «De una correspondencia» (15 de diciembre de 1933; p. 226); «Límite de la nada» (22 de febrero de 1934; p. 227); «De un diario. El punto de vista» (20-27 de julio de 1935; p. 230); y «Desde entonces» (primavera de 1936; p. 237).

lismo¹⁰, a lo que habría que añadir, en lo que tienen de tentativas de aproximación a una *historia esencial* de España, sus dos siguientes publicaciones *Los intelectuales en el drama de España* (1936-1939) y *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939), por aspectos muy concretos también, como la reflexión sobre la generación del 98. (Y merece la pena recordar además que en el primero de estos dos textos formula por vez primera, en 1937, su «Razón poética, de honda raíz de amor».) Hemos visto también que en *Delirio y destino* se ponían en obra los resultados de lo aprendido en *La Confesión: Género literario y método* (1943), lo cual viene a implicar directamente a otro texto suyo, *Hacia un saber sobre el alma* (1950), empezando por el primero de los artículos recogidos, «Hacia un saber sobre el alma» (1934), y la noción de *saber de experiencia* que allí defiende (una noción que parece convenirle singularmente bien a *Delirio y desti-*

10. El primer párrafo de Horizonte del liberalismo se titula «Temas», y comienza con una advertencia: «Subterráneamente, bajo los pensamientos que aquí se exponen, vibran unas cuantas preguntas, única realidad tal vez de todo ello». Y a continuación elabora un listado de aquellas preguntas «que se nos figura tener en términos claros y precisos»; que son las siguientes: «¿Qué es la política? ¿De qué raíz emana? / ¿Qué significa la política frente a la vida: la sigue, o la detiene? / ¿La afirma, o la niega? (Política conservadora y política revolucionaria) / ¿Qué papel tiene la política en los distintos modos que existen de enfrentarse con la vida? / La política y la concepción religiosa de la vida / La política y la concepción humanista de la vida (el Liberalismo) / ¿Qué valor puede tener la política en los momentos actuales? / ¿Puede resolver algún problema de los que hay planteados? / El problema económico y la cultura. ¿Es posible una política que salve a los dos?» (OC, I, p. 57).

no), y siguiendo con la *soledad letrada* de «Por qué se escribe» (1934), y de ahí en adelante... Aun sin hilar muy fino, probablemente no debería dejar de mencionarse además el modo en que los delirios de Antígona (1947-1948) sobrevuelan el texto... En cualquier caso, el carácter de encrucijada que en tanto que libro le corresponde a *Delirio y destino* viene a completarse con las publicaciones inmediatas que seguirán su rumbo. La primera de ellas, *El hombre y lo divino* (1955; 1973), guarda una relación estrecha incluso por motivos físicos, podría decirse; Zambrano escribe *Delirio y destino* mientras está escribiendo este texto (hace una pausa, le abre un espacio), y esta proximidad física se delata desde su mismo punto de partida: «En el principio era el delirio; quiere decir que el hombre se sentía mirado sin ver...». A menudo da la impresión de que *Delirio y destino* está escrito en el interior de un espacio cognoscitivo en el que esta afirmación de *El hombre y lo divino* reina como su primer axioma. Igualmente obvia viene a ser su relación con *La tumba de Antígona* (1967), ni que sea por la cristalización que ahí tiene lugar de todo lo ensayado hasta entonces bajo la forma del delirio; y desde este punto se nos abriría entonces un camino complicado que nos acabaría llevando hasta *Claros del bosque* (1977), invitándonos a entrarle por el capítulo dedicado a «El delirio – El dios oscuro»: «Brota el delirio, al parecer sin límites, no sólo del corazón humano, sino de la vida toda...»¹¹.

11. Por lo que hace al *delirio*, cabría entender su artículo «Delirio, esperanza y razón» (publicado también en La Habana no mucho después, en 1959) como un precipitado de lo pensado y

Resultan previsibles también las resonancias que se levantarán siempre que en adelante escriba sobre España o Europa... Y en cambio, son mucho menos evidentes sus vínculos con el giro que tiene lugar en su indagación sobre los sueños a partir de 1955¹². Y sin embargo resulta sorprendentemente esclarecedor leer esa serie de textos como una prolongación de lo aprendido en *Delirio y destino*, donde la cuestión de la «España [que] despierta soñándose» se elevaría a pregunta por los sentidos del sueño (personal, colectivo); y la vía de escape fuera de las monotonías previsibles de la conciencia ya no se presentaría como una modalidad patológica (delirar) sino que se pacificaría en clave fisiológica (soñar) de un modo mucho más manejable.

IV

Luego viene el año de 1930, al que se consagran los dos capítulos siguientes; en el primero, «La coyuntura histórica», evoca la caída de Primo de Rivera («...la acusación era evidente y somera como la evidencia lo es siempre; a aquella evidencia nos ateníamos. Evidencia que se presentaba a diario, puntualmente, a recitar su

aprendido al respecto durante su trabajo con *Delirio y destino*. Véase M. Zambrano, *La Cuba secreta y otros ensayos*, edición de J. L. Arcos, Endymion, Madrid 1996; pp. 164 y ss. (texto no recogido todavía en sus *Obras completas*).

12. Véanse al respecto los materiales recogidos en *Los sueños y el tiempo*, y *El sueño creador*, principalmente (OC, III, pp. 829-1098).

parte. La evidencia estaba presentada por la figura del Dictador de entonces...»). En el segundo se dedica «Un minuto de silencio» a las ejecuciones con las que se puso fin a la Sublevación de Jaca («Las entrañas enfriadas, ¿las sentirá así el condenado a muerte desde que conoce su fin y sabe la hora, el momento?»), es un lamento, una queja.

Y es cierto que desde *La Confesión...* sabemos que la queja es precursora de la confesión, y que la figura del paciente Job será la que vendría a encarnarla: «Es Job el antecedente de la confesión, y decir Job es tanto como decir queja: es la queja. Es Job quien habla en primera persona; sus palabras son plañidos que nos llegan en el mismo tiempo en que fueron pronunciados; es como si los oyéramos; suenan a viva voz. Y esto es la confesión: palabra a viva voz»¹³. Y sí, lo sabíamos, pero lo que ocurre es que, al recordar ahora sus palabras, se hace evidente una incomodidad que no habíamos tomado en consideración: y es que *Delirio y destino* está escrito prácticamente por entero en tercera persona (con apariciones muy escasas de la primera). Entonces, de quien habla en *Delirio y destino* no puede decirse que es «quien habla en primera persona», gramaticalmente hablando. Esta constatación abre de por sí una buena colección de preguntas, comenzando por cuáles son las razones que mueven a realizar una confesión en tercera persona; y ofrece además un campo a la especulación diegética sumamente generoso. Con objeto tan solo de desbrozar un poco las lindes de ese campo de juego me permito hacer

13. *La confesión: género literario y método* (OC, II, p. 81).

dos observaciones al respecto. En primer lugar, que el uso de la tercera persona es una característica de *Delirio y destino* que no comparte con ninguno de los fragmentos de su novela que se conservan (en los que predomina la primera persona del singular o del plural). Si retenemos que cuando hace novela usa la primera persona y cuando escribe su confesión usa la tercera, la pregunta que parece imponerse es si no habrá en la diferencia entre confesión y novela alguna particularidad que justifique la elección. Dicho lo cual, el aviso que nos llegaría al respecto de María Zambrano podría muy bien ser el siguiente:

El que se novela, el que hace una novela autobiográfica, revela una cierta complacencia sobre sí mismo, al menos una aceptación de su ser, una aceptación de su fracaso, que el que ejecuta la confesión no hace de modo alguno. El que se autonovela objetiva su fracaso, su ser a medias, y se recrea en él, sin trascenderlo más que en el tiempo virtual del arte, lo cual lleva mucho peligro. [...] Todo narcisismo es juego con la muerte¹⁴.

Habida cuenta del proceso de maduración emprendido por María Zambrano en *Delirio y destino*, parece natural suponerle a su relato una prevención radical contra cualquier forma de narcisismo, lo que sugeriría la necesidad de marcar distancias con la novela, y apoyaría la decisión de adoptar la tercera persona como lugar desde el

14. OC, II, pp. 82-83.

que proyectar la voz literaria y a la vez como marcador de la distancia para con el lector también.

La segunda observación pretende recordar tan solo un hecho bien sabido, y es que es normal que los niños, entre los dieciocho meses y los tres años, hablen de sí mismos en tercera persona (utilizando como sujeto el nombre propio o simplemente «el niño» o «la niña»). Aunque en caso de prolongarse más allá de los tres años, suele decirse que podría ser un síntoma de autismo, ecolalia o psicosis. Y tal vez haya que añadir que, en términos psicoanalíticos, a partir de los tres años se inicia la fase fálica en la evolución libidinal del niño, en la que deberá resolver el complejo de Edipo para poder pasar a la fase de latencia, lo que acarreará la aparición de la función paterna, la aceptación de la Ley y el acceso al pleno dominio del lenguaje. Y que cuando se rompe ese marco, lo que queda del otro lado pertenece a un mundo oscuro en regresión, con sus locuras y sus delirios.

A lo que vendría a sumarse el que, desde muy pronto, la medicina decimonónica haya constatado la sustitución de la primera persona por la tercera en los procesos delirantes, operación que tanto podía servir al enfermo para señalar la propia extrañeza ante lo que le estaba ocurriendo en su interior como para elevarle a una grandeza inalcanzable para el resto de los mortales. Pongo un ejemplo, de los más tempranos:

Una mujer joven, que estaba ya en el último grado de una tisis pulmonar, a menudo hablaba de ella misma en tercera persona y en masculino. Gritaba: «¡Cómo sufre, su respiración es